zones, afligióse más. Ví que rodaban por sus mejillas abundantes lágrimas y que cruzando las manos, alzaba al cielo los ojos.

—¡Dios mío, perdóname!... ¡Madre mía, familia mía, abuelos y ascendientes míos, perdonadme!—murmuró sordamente.

Satisfecho yo también de la madurez de su pasión, le dije mil cosillas consoladoras, estrechando sus manos entre las mías. Ella inclinó la frente, y sentí el calor de ella, así como la humedad de su llanto en mi mano.

—Pipaón—dijo con ansiedad,—júreme usted que no dirá esto á nadie; que todo quedará en profundo misterio; júreme usted que no me despreciará si por acaso... júreme usted que sus propósitos son buenos, sus intenciones leales...

Yo juré cuanto quiso que jurase.

—Es tarde—dije al fin.—Retirémonos. Júreme usted que no faltará mañana á la cita.

—¿Lo duda usted? A las dos, ¿no es eso?

—A las dos. ¡Ay! ¡qué doloroso, qué horrible es desear y temer al mismo tiempo!

—Esperaré en la Cuesta de la Vega con un coche simón, téngalo usted presente, con un coche simón.

—Iré con mi hermano.

—Sólo con su hermano.

—No hay que hablar más. Adios. Hasta mañana.

XXVI

En la mañana del siguiente día no dejé

de visitar á D. S... S..., uno de los funcionarios más respetables, más insignes de aquella preclara monarquía. Desempeñaba el cargo dificilísimo de administrador de la Casa de Campo tan á gusto de Su Majestad, que no le cambiara éste por uno de sus mejores Ministros. No le nombraré más que por sus iniciales, con cuya delicada reserva evitaré que salgan ahora á reclamar la gloria de su descendencia alguno de esos holgazanes que, faltos de virtudes propias, se gallardean y ufanan con las de sus mayores. D. S... S... no había salido de ninguna Universidad, sino de las cocinas de Palacio, en cuyas humildes aulas consiguió prestar al entonces Príncipe de Asturias repetidos servicios, denunciándole supuestos envenenamientos en algunos platos. Por estos escalones llegó D. S... S... á subir tan alto, que después de 1814 era hombre que no se cambiaría por Pedro Collado ni el duque de Alagón.

Desempeñaba sus funciones este varón con solicitud admirable. Se le veía en todos los sitios públicos, y con frecuencia en el interior de los teatros, donde nunca faltaba alguna cómica ó bailarina á quien tuviese que dar un recadillo. Había que verle en la Casa de Campo á ciertas horas y en ciertos días, dando pruebas de tan consumada prudencia y discreción y talento, que no se podía pedir más. Yo me honraba con su amistad, y cuando le anuncié mi visita á la real posesión acompañado de una madamita, alegróse en extremo, y se extendió en maravillosas diser-

taciones acerca de las dificultades de su cargo, prometiéndome al fin que nos recibiría espléndidamente.

.....

A las dos de la tarde estaba ya en la Cuesta de la Vega, muy acicalado y vestido con las finísimas ropas que por aquellos días me había hecho, y á poco se me apareció Presentacioncita. ¡Válgame Dios, qué linda estaba! A sus encantos naturales, duplicados por la dulce emoción que teñía de suave rosicler su rostro, unía el más elegante y gracioso atavío que la fecunda inventiva de una mujer enamorada puede idear. ¡Cómo lucían aquellos incendiarios ojos, que á cada movimiento de sus pupilas dejaban entrever llamaradas del cielo! ¡qué sonrisa tan deliciosa la de sus rojos labios! ¡qué gracia en el abanico! ¡qué caidas las de la mantilla! ¡qué deslumbradora claridad, qué irradiación de hermosura desde la peineta hasta las puntas de los diminutos piés! Yo estaba trastornado.

Acompañábala D. Diego, no tan risueño y aturdido como de costumbre, sino por el contrario, con ciertas pretensiones de gravedad que no me hicieron gracia. ¿Sospecharía? Yo le hablé de la gira campestre que íbamos á emprender, de lo mucho que nos divertiríamos en la regia posesión, y añadí que lo mejor hubiera sido decir claramente á la señora condesa el empleo higiénico que íbamos á dar al día.

—Entonces no nos hubiera dejado venir —repuso entrando en el simón.

—Aprisa, aprisa—dijo Presentación con mucha impaciencia.—A ese cochero que eche á andar y que no pare hasta la Casa de Campo. Temo que Gasparito descubra á donde vamos.

El coche partió. D. Diego recobraba poco á poco su habitual volubilidad y me hacía mil preguntas diversas relativas á la pesca del lago, á la caza de Cantarranas, á las embarcaciones de los Infantes y otras menudencias. Doña Presentacioncita no hablaba nada. Yo no cesaba de contemplarla. ¡Qué expresión tan extraña tenían su rostro y sus ojos no menos picarescos que apasionados! Sin duda había en ella toda la expresión, el aire, el indefinible aspecto del justo que se dispone á ser pecador.

En medio de la confianza que me inspiraba la niña, tenía yo cierta sospecha vaga, que aun después de verme en el camino del triunfo, se removía vagamente allá en el fondo de mi espíritu. A cada instante creía que la encantadora muchacha iba á escaparse de mis manos, dejándome burlado... Pero cuando entramos en los jardines disipáronse mis últimas inquietudes.

—Aquí dentro—dije para mí inundado de secreto gozo—no te me escapas. ¡Victoria completa! Ahora, angel celeste, aunque te arrepintieras no tendrías salvación.

Abandonando el coche, avanzamos por las hermosas alamedas de aquel ameno sitio. D. Diego, despabilándose con la hermosura de lo que veía, charlaba por los tres. No ha-

bía acabado de entrar y ya quería cazar todas las aves, pescar todos los peces y modificar á su antojo la posesión. Tal alameda no debía estar como la plantaron sus fundadores, sino de otra manera; tales árboles debían ser arrancados y sustituidos por otros; en determinado sitio debía construirse un edificio, un pabellón... en fin, para aquel impetuoso joven nada debía ser como era.

Presentacioncita se extasiaba en la contemplación del hermoso lago, que es principal adorno y riqueza de la hermosa finca. Después de observar largo rato el risueño espectáculo que ofrece la enorme masa de agua rodeada de amena verdura y corpulentos árboles, me dijo:

—Paseemos un poquito por el charco.

—Voy un instante á ver al administrador —le dije en voz baja, mientras D. Diego se dirigía á los botes.—Pronto vuelvo: no se olvide usted de los anises.

—¿Nos dejarán embarcar, Pipaón?—me preguntó el conde.

—Voy á pedir licencia.

En cuatro palabras me puse de acuerdo con el respetable D. S... S... acerca de los medios de plantar en la calle el estorbo que por necesidad habíamos traido. El conde saldría; pero antes que volver á entrar se convertirían en anises todas las piedras del cercano río.

Un momento después era desamarrado uno de los botes, y ocupándole D. Diego, que empuñaba resueltamente los remos, después

de describir varias curvas se acercó mansamente á la orilla.

—Entren ustedes. Presentación, adentro. Sr. D. Juan, salte usted.

Saltamos adentro y tomamos asiento en los bancos del bote. Era la primera vez en mi vida que yo me embarcaba.

—¿Saben ustedes—dije á los dos jóvenes cuando habíamos avanzado como cinco varas por el agua,—que este suave movimiento no agrada? Se me va la cabeza.

—¡Se le va la cabeza!—dijo Presentación. —¡Qué será de la monarquía, si se le va una de sus principales cabezas!...

La miré á ver si reía; pero estaba seria.

—¡Una de sus principales cabezas!—repitió D. Diego remando cada vez con más fuerza. —Ahora me acuerdo de que no he dado á usted las gracias... ¡qué distraido soy!... por la bandolera que me ha conseguido.

—Eso no vale nada, amiguito. Usted se merece más—dije con mucha inquietud.—Hágame usted el favor de poner la proa á tierra. Por mi amigo el infante D. Antonio juro que el navegar es cosa imponente.

—¿Pero se marea usted aquí?... ¡hombre de Dios! ¿Y no se avergüenza usted?

—Un hombre de Estado, una eminencia—dijo Presentación,—una lumbrera de España y del siglo, ¿perder su aplomo tan fácilmente?

—No me mareo, pero la verdad, esto no me gusta... A la otra orilla, que es tarde y tenemos que ver la pajarera.

—Otro poquito más—dijo la niña.—Me en-

canta ese suave movimiento. ¡Qué hermosa es el agua!... Mire usted, mire usted los pescaditos. ¿Pues y esas yerbas verdes y negras que se ven debajo?... Aquí tienen ellos sus nidos, sus casas, sus alcobas, sus camas, sus despensas... Mire usted cómo van en bandadas por el agua, cómo se juntan y se separan. Parece que se dicen un secreto, que se hacen preguntas, que disputan y se reconcilian después. Y ¡cómo se ve el cielo en el fondo! parece otro cielo, ¿no es verdad, Pipaón? ¡Qué bien se ven de aquí los árboles de la orilla; se ven dos veces, unos vueltos hacia arriba y otros hacia abajo! ¡Oh! por allí vienen los cisnes. De lejos parecen una escuadra navegando á toda vela. ¡Ay! Pipaón, ¡qué hermoso es esto!... A ver si sé yo remar.

—¡Tonta! tú no tienes fuerza—dijo don Diego, defendiendo los remos.

—Señor conde, diríjase usted á la otra orilla—exclamé yo, empuñando el timón, con no menos brío que un Sebastián Elcano.—La verdad es que estas cáscaras de nuez no me inspiran gran confianza. Puede romperse una tabla con la mayor facilidad, y aquí se ahoga uno sin remedio.

—Yo no, porque nado como un pez—dijo D. Diego.

—A tierra, á tierra.

—¿Qué se ahoga uno? ¡Dios mío!—exclamó con espanto Presentacioncita.—¿Si uno se cae aquí, se ahoga?

—Sin remedio.

Por más que ordenábamos al remero que

nos llevara á tierra, se empeñaba el tunante en dar vueltas y más vueltas alrededor del lago. Corría velozmonte la frágil embarcación, y la niña de la condesa parecía muy complacida de aquel extraño modo de pasear, porque aspiraba con delicia el aire que en nuestra carrera nos azotaba el rostro, y con sus manecitas agitaba el agua, salpicándola, cual si también remase.

—Basta, basta ya. ¡A tierra!

—Está usted pálido, Pipaón—me dijo la niña, acercándose á mí con mucho interés.

—Pálido no—repuse,—pero nos hemos paseado ya bastante por los mares.

—¿Quiere usted un caramelo?—dijo registrando los bolsillos.—¡Qué diablura! Se me han olvidado.

—Habrá usted traido anises.

—Tampoco—añadió con mucho desconsuelo.—Mira, Diego, en cuanto volvamos á la orilla, saldrás á comprarme unos anises. Verdaderamente, no me puedo pasar sin anises.

—En los puestos del río los hay—indiqué yo.

Daba el bote una vuelta, cuando ví que un guarda con descompuestos ademanes de ira nos hacía señas para que fuésemos á la orilla. Era un ardid convenido con D. S... S... para poner término á la excursión naval, si se prolongaba mucho.

—¿Ven ustedes? El guarda nos hace señas de que salgamos del bote—grité, fingiendo el mayor enfado.—¡Qué desacato hemos cometido! Nos van á echar de la posesión.

—Vamos, vamos—dijo la niña.—Aquel buen hombre está muy enfadado.

Pero el conde seguía remando, y la nave su suave curso alrededor del vasto charco. Disponíame yo á arrancar los remos de las manos del joven, cuando divisé en la orilla de enfrente muchedumbre de hombres y caballos.

Presentación se puso pálida.

—Buena la hemos hecho—exclamé, reconociendo los coches de la Casa Real.—Ahí está Su Majestad... Cuando menos nos mandan á la carcel.

—¡Jesús, qué miedo!—dijo la muchacha. —¿Dónde nos esconderemos? Diego, tú tienes la culpa. Vamos á tierra pronto, hijito, ó échanos á pique, para que ocultemos nuestra vergüenza.

El muchacho reía con un desparpajo que me arrebató de cólera.

El guarda seguía haciendo señas. Tras el coche del Rey entraron otros, y bien pronto vimos paseando por la orilla á Su Majestad en persona, acompañado del duque y seguido de distintos individuos de su alta servidumbre. Poco después aparecieron algunas damas. Don Dieguito remaba suavemente hacia tierra.

De pronto observamos que el Rey y todos los que le acompañaban se detenían á mirarnos. Estábamos sirviendo de espectáculo á la córte.

—¡Qué vergüenza!—dijo Presentacioncita. —¡Cómo nos miran!... Su Majestad se ha fijado en usted, Pipaón. Parece que se sonríe.

En efecto, sonreía mirando el bote.

—Salude usted á Su Majestad, Pipaón, salude usted, hombre—exclamó con afán la niña.—¡Por Dios, no sea usted grosero!... ¡Qué poste!... Pero hombre, levántese usted.

Púseme en pié, sombrero en mano... y en el mismo instante ¡Dios Todopoderoso y Misericordioso!... sentí unas pequeñas pero enérgicas manos que se apoyaban en mi espalda... recibí un impulso terrible, del cual no pude defenderme, por estar desprevenido, y caí con estrépito y como una piedra en el agua... ¡Horror incomparable!!!

Cuando mi cuerpo chocó en la superficie del agua y ésta salpicó con estruendo y chasquido horrible y sumergíme repentinamente, sentí un rumor espantoso de carcajadas, y sobre mí la voz de Presentacioncita, que con el ardor de la venganza, exclamaba:

—¡Por tunante! ¡por cobarde! ¡por pillo! ¡por traidor! ¡por al...!

La última palabra no la copio por respeto á mí mismo.

.....

Yo nadaba como una peña. Fuí derecho al fondo. Agua por todas partes, agua en mis ojos, en mi boca, dentro de mi cuerpo, agua en mi aliento, que ya no era aliento, sino el angustioso hálito de la asfixia. Tragaba la muerte... me moría por dentro y por fuera... ¡me ahogaba!...

¡Ay! Cuando me sacaron, no sin trabajo, los guardas, ayudándose de ganchos, mi per-

sona inspiraba horror, según me han dicho. Yo era una masa de fango pestilente. Los cortesanos huyeron de mí con asco, mientras los guardas me envolvían en mantas, haciéndome los tratamientos necesarios para volverme á la vida. Dentro de mi estómago tenía todo el estanque, todo el Océano y hasta el bote.

Cuando adquirí la certeza de que aún vivía para bien de la humanidad y amparo de los desvalidos, era ya de noche. Todo era silencio. Estaba en una sala, y á mi lado no ví ni Rey ni cortesanos. Los guardas me miraban y recordando el chasco, se reían.

Entonces, trayendo á la torpe memoria accidentes y pormenores, empecé á caer en la cuenta de que Presentacioncita se había burlado de mí, haciendo una obra maestra de estudiada farsa, disimulo y pérfido engaño.

¡Maldita sea mil veces! Recordando su comedia, su bien fingido enamoramiento, sus coloquios conmigo, la habilidad suprema con que me fué conduciendo poco á poco á la nefanda catástrofe, de acuerdo con su hermano, con su novio y sus criados, me parecía mentira que todo fuese una burla. Después he sabido que mi conducta con las señoras de Porreño y el señor de Grijalva le inspiraron aquel plan de venganza, que llevó adelante con su incontrastable voluntad y su agudísimo entendimiento. Me aborrecía apasionadamente, me odiaba con exaltación; soñaba con la venganza, y ningún ideal amoroso, ninguna fantasía de mujer hubiera enloquecido

su mente, como aquella ansia de burlarme de un modo cruel, inaudito, no contentándose con el martirio de la ridiculez, sino aspirando á daños mayores, á la muerte quizás... Confesó la pícara que nada se le importaba que me ahogase, pues un sér tan vil y despreciable como Pipaón (así mismo lo afirmó) debía morir donde vivía, es decir, en el lodo.

¡Horrida, bella! Desde entonces, Presentación me causó espanto. Yo no me parecía á Marat; pero ella tenía no poco de Carlota Corday.

—Pero, después de tal infamia, ¿les dejaron marchar tranquilos?—pregunté á don S... S... que se me acercó para informarse de mi estado.

—La muchacha reía—me dijo;—el joven remaba con mucha fuerza para llegar á la otra orilla; pero por mucha prisa que se dió, ya les aguardaban allá los guardas, dispuestos á hacer presa en ellos... Fueron, pues, cogidos ambos hermanos, ¿porque son hermanos, no es verdad? La muchacha estaba serena, tan serena que parecía un angel; y cuando le afeamos su conducta, respondió que usted por trapisondista y farsante... (no sé cuantas insolencias salieron por aquella linda boca), bien merecía el remojón delante de la corte, y áun la muerte.

—¿Y Su Majestad no dispuso?...

—Su Majestad, cuando vió que mi señor D. Juan salía lleno de fango, dijo sonriendo: "¿está vivo ese tunante?"

—¿*Ese tunante*?

—Así mismo. Luego añadió: "yerba ruin nunca muere,„ y fué hacia donde estaban los dos criminales detenidos por los guardas.

—Sin duda iba á disponer un castigo...

—Su Majestad reía de tan buena gana, que daba gusto verle. Todos nos reíamos. De repente algunos señores de la corte que acababan de entrar en la posesión se encontraron con Su Majestad en la senda que da vuelta al lago. Detuviéronse todos: aquellos señores traían una grave noticia, venida hoy por el correo de Francia, una noticia estupenda, horrible, que dejó absorto y frío y pálido á Su Majestad, y mudos de espanto á todos los que le rodeamos.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Su Majestad estuvo un rato mudo y quieto, como si se convirtiera en estàtua. Después dijo: "Vamos al intante á palacio;„ y pusiéronse todos en marcha.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Yo interrogué al Rey para saber lo que hacíamos con ellos y entonces volvio á reir...

—¡A reir!

—Y con mucha complacencia dijo: "que se les deje en libertad, y no se les moleste por su travesura.„

—¡Travesura! ¡Se escaparon! ¡La impunidad!... ¿Y qué noticia es esa?

—Que Napoleón ha vuelto de la isla de Elba.

FIN DE LAS MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.

Madrid.—Octubre de 1875.

ANGEL RANGEL FRIAS
U.A.N.L.